

PINO OJEDA
O LA VICTORIA DEL AMOR

COVADONGA GARCÍA FIERRO



En 2016, y con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de la poeta Pino Ojeda (1916-2002), su familia impulsó una serie de acciones para divulgar su obra. Entre ellas, cabe destacar la reedición de los seis poemarios de Pino Ojeda que ya habían visto la luz, y cuyas primeras ediciones estaban agotadas: *Niebla de sueño* (1947), *Como el fruto en el árbol* (1954), *La piedra sobre la colina* (1964), *El alba en la espalda* (1987), *El salmo del rocío* (1993) y *Árbol del espacio* (2007). La reedición de estas obras, en un solo volumen y a cargo del Cabildo de Gran Canaria, se titula *Pino Ojeda. Obra poética*, y cuenta con una introducción de la Doctora en Filología Hispánica y profesora Blanca Hernández Quintana. Para quienes ya conocíamos la poesía de Pino Ojeda, esta reedición supone una enorme alegría, puesto que se trata, sin duda, de una de las voces españolas del siglo veinte con las que merece la pena encontrarse. Para quienes aún no la conocen, esta es una invitación a sumergirse en sus sueños, siempre cargados de niebla y de remotas esperanzas.

El motor de escritura de Pino Ojeda fue la trágica pérdida de su marido durante la Guerra Civil Española, en marzo de 1939. Este acontecimiento vital origina que, durante aproximadamente un año, Pino Ojeda sufra una depresión muy profunda; tanto es así que apenas se alimenta y lo único que quiere hacer es dormir. Este periodo, en el que nuestra autora se debate entre la realidad y el sueño, va a ser el desencadenante de una escritura poética sólida, de tono intimista, que transita los temas de la soledad, el desamor, el irrefrenable paso del tiempo, la muerte y la esperanza.

En 1945, Pino Ojeda publica sus primeros poemas en la revista tinerfeña *Mensaje* (1945-1946) y, en 1947, Ediciones Mensaje saca a la luz su primer libro,

Niebla de sueño. Como escritora, en sus inicios se alinea con las tendencias literarias propuestas por la Generación del 27: Vicente Aleixandre, Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas son algunos de sus principales referentes. Pero, tal y como apunta Blanca Hernández Quintana en la Introducción (2016, p. 13), ya desde sus primeras incursiones literarias «Pino Ojeda opta por otra vía poética y abre paso a una línea más reflexiva y subjetiva. Concibe la poesía como un camino de exploración personal y desarrolla una obra de corte intimista». Así, Pino Ojeda no va a pertenecer a ningún «grupo poético» o «escuela», sino que, «según avanza su trayectoria poética, se hace con un estilo que absorbe y transforma las influencias literarias que le preceden y desarrolla una voz propia y personal» (Hernández Quintana, 2016, p. 12).

En líneas generales, la poesía de Pino Ojeda surge de un núcleo temático sobre el que vuelve constantemente: el amor. Se trata de un amor que conjuga el erotismo y el anhelo espiritual. Como indica Blanca Hernández Quintana (2016 p. 12), «Los escritos de Pino Ojeda toman forma de diario personal, resultado de un proceso de exploración, y su obra poética vertebra con pasión sus principales ejes temáticos: el amor, la búsqueda y los sueños»:

¡Cómo quisiera ser tus pequeñas cosas!
El aire que te roza y te acaricia.
El polvo que te sigue y se te posa.
[...]
¡Ay, cómo quisiera ser para ti la nada
y poderte ofrecer el más allá!

Pero la voz poética, aun dolorida por la pérdida, no se quiebra, y aun sabiendo que es imposible alcanzar lo que se busca —el amor perdido—, conserva siempre una esperanza.

Lo que realmente diferencia a Pino Ojeda de muchos compañeros de su época es que su poesía, en lugar de abordar las preocupaciones colectivas (la guerra, el sufrimiento, la pérdida) adoptando un discurso politizado o de reivindicación social, trata estos temas en primera persona, ahondando en la complejidad de su propio dolor, de su pérdida personal en la Guerra Civil («incivil», la llamaría Unamuno). En consecuencia, su poesía posee un tono nostálgico y dramático que sí entronca con el sentimiento existencial de postguerra. Además, a partir de su segundo poemario, *Como el fruto en el árbol*, su escritura se libera de la forma clásica del soneto y de la rima, que habían estado presentes en muchas de las composiciones de *Niebla de sueño*; y se ve influida por el versículo y por el tono discursivo y reivindicativo de la poesía social, lo cual impregna su escritura de un tono desgarrado y combativo, con el que en numerosas ocasiones abordará los temas de la muerte, la soledad, el paso del tiempo y la derrota:

[...]

No, no te quiero a mi lado, Tristeza, no quiero tu caricia ni tu palabra.

No basta la vida sencilla, saber que cada cosa es nuestra,
que podemos alargar las manos y tenerla.

[...]

No, Tristeza, no quiero saberte mi huésped,
no quiero sentarte a mi mesa.

[...]

Es en 1953, año en el que logra el Primer Accésit en el Premio Adonais¹ con el poemario *Como el fruto en el árbol* (publicado en 1954), cuando la autora empieza a ser reconocida a nivel nacional dentro del gremio de escritores, realizando lecturas y recitales en ciudades como Madrid o Barcelona, donde refuerza sus lazos de amistad con la pléyade de autores españoles de postguerra, como Vicente Aleixandre, Carmen Conde, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Celaya o María Beneyto. Con este libro consolida su trayectoria como poeta, y define numerosas de las líneas temáticas y estilísticas que la autora ya había apuntado en *Niebla de sueño* y que, a partir de ahora, ya no abandona. Como señala Blanca Hernández Quintana (2016, p. 12), «Además de otras características, en sus libros encontramos [...] el predominio de la primera persona como sujeto en formación que se va construyendo, un lenguaje espontáneo, el uso de símbolos, ausencia de descripciones y preferencia por los detalles, por anécdotas fragmentarias, personales y directas que le llevan a hacerse con un sistema expresivo propio». Estos aspectos de su escritura se combinan con el verso libre, meditado, con una musicalidad y un lirismo en ocasiones magníficos, con un acercamiento progresivo a la oralidad y con la utilización de abundantes y expresivos recursos formales de repetición, especialmente el de la anáfora. Leamos una estrofa de uno de los poemas:

Te entregabas como el alba, sin miedo por el sol,
sin temores por su crudo volcán dorado.

Te entregabas como la lluvia hacia abajo, sin pena por lo que inundabas,
ahondando hasta la raíz tierna, sin reposo.

Te entregabas.
Eras todo tú como una llama sin fuego, ardiendo y muriendo.
Vibrando en el aire como la peonza en la mano inocente del niño,
ahora quieta, ahora desesperadamente volteando su carne.

En 1956, Pino Ojeda recibe el Premio Tomás Morales por *La piedra sobre la colina*, un poema dividido en doce estancias que no se publica hasta 1964. En este libro, el paisaje es trasunto de los sentimientos. La piedra milenaria que encontramos en el título parece haber citado por azar a los dos amantes que, desengañados del mundo y ya sin esperanza de hallar el amor, se encuentran y descansan su soledad sobre la misma piedra:

[...]
Qué allí todo.
Qué posible.
Lucha de ansias que se agrandan y purifican.
Lucha del amor por el amor que ya existe.

Todo viviendo.
Abrazándoles alma y materia.
Llenándoles de paz en la espera innumerable.
[...]

El alba en la espalda se publica en 1987. Este libro es producto de una profunda crisis corporal y espiritual, y evoca el verso juanramoniano «ya te da el alba en la espalda», que resume muy bien ese tono maduro con el que Pino Ojeda vuelve a publicar veinte años después. La voz poética rememora el pasado que es ya lejano e inmodificable, y se expresa a través de una angustia contenida: la decadencia física y la proximidad de la muerte. Por eso, las composiciones son sentenciosas, breves y sugerentes. Brotan de nuevo la fuerte sonoridad, la metáfora sugestiva y el «erotismo doliente» de *Niebla de sueño*. El poemario se divide en cuatro partes: *Indefensión*, *La tristeza*, *La espera* y *La nueva luz*, que parecen ser las cuatro estancias de la vida. Es innegable la presencia de claros tintes existencialistas en este poemario. Leamos una estrofa de uno de los poemas:

Yo no quiero morir,
 ser una piedra fría sin destino.
 No quiero la agonía
 de la carne muriendo.
 Qué angustia en los ojos abiertos.
 Qué tristeza en los labios.

En 1993 se publica *El salmo del rocío*, libro de poemas que obtuvo el Primer Premio Mundial de Poesía Mística, convocado por la Fundación Fernando Rielo, en 1991. En su evolución poética, Pino Ojeda va de una poesía más transparente que encarna lo terreno, en sus primeros libros, a una poesía simbólica y de ascendente tono místico en *La piedra sobre la colina*, *El alba en la espalda* y *El salmo del rocío*, libro en el que se vuelven uno el universo y la poeta. Esta, enamorada de Dios, lo reconoce en cada cosa, en cada creación de la naturaleza. Debemos resaltar aquí el uso de un verso muy corto, con el que, visualmente, los poemas constituyen «columnas» que ascienden hacia lo más alto, como hicieran las catedrales góticas en busca de la luz. Leamos un fragmento del poema «En la ola más blanca»:

[...]
 Míos
 son estos mares
 donde tú te reflejas,
 míos son porque soy
 tuya y en tu unidad
 unida a ti
 existo
 [...]

Póstumamente se publica el poemario *Árbol del espacio* (2007), ilustrado por Plácido Fleitas, Juan Ismael y la propia autora. En cuanto a la interesante trayectoria de Pino Ojeda, esta obra no parece arrojar luz sobre su última etapa, más bien constituye la poetización de reflexiones autobiográficas. Describe así varios estadios de su vida: *Primer nacimiento. A los diez años*, recrea la infancia y la curiosidad e inquietudes que surgen en ese momento, es el principio de las preguntas a las que la voz poética quiere dar respuestas; *Primera muerte. A los veinte años*, es el

momento en que se conoce la muerte de cerca, parece construirse sobre aquel recuerdo del fallecimiento del marido y de los hermanos que fue núcleo temático de numerosos poemas de *Niebla de sueño*; y el pensamiento del amor perdido, leitmotiv en su poesía; *Segundo nacimiento. A los veinte años*, refleja la lucha por imponerse a la muerte y a la debilidad espiritual; *Segunda muerte. A los cuarenta años*, se trata del descubrimiento de la madurez, del cansancio vital al que se debe sobreponer; en *Tercer nacimiento. A los cuarenta años*, la voz poética comienza a apreciar determinados aspectos vitales; *Tercera muerte. A los sesenta años*, se corresponde con la angustia de la muerte, que se acerca inexorable, y conecta con el tono existencialista de *El alba en la espalda*; y, por último, encontramos *Epílogo. A los ochenta años*. Esta parte parece escrita después de *El salmo del rocío*, pues ya se percibe esa necesidad de encontrarse con lo intangible (Dios) y descubrir el nuevo camino que para la voz poética se identifica con la trascendencia:

Cierro los ojos. No ambiciono nada.
Brilla el sol, agosta árboles,
destruye simientes. Mi corazón
no oye el rugir del viento.
Estoy serena, en reposo. Sonrío.

[...]

Camino despacio, viendo partir
los días, tan sugerentes, tan plenos
dentro de mi dominio.

Tal y como apuntamos al comenzar esta reseña, la reedición de sus seis poemarios hasta ahora conocidos era una labor necesaria desde hacía años. Además, es un acierto haber compilado en un solo volumen las seis entregas, puesto que así el lector percibe mucho mejor la interesante evolución poética de la autora. El libro está en las librerías: solamente falta que los lectores se dejen seducir por una de las poetisas españolas del siglo veinte que mejor han sabido expresar el amor.

NOTA

¹ En esta edición, el ganador del premio fue el poeta Claudio Rodríguez con *Don de la ebriedad*.